

modales, necesidades y carencias animales. Menos que hombre, no razona; siente y responde con sus instintos. Cova, como los demás personajes, se desvincula de las virtudes urbanas y acaba por adoptar comportamiento selvático.

Al despedirse de la cordillera, a la entrada de los llanos, los protagonistas, Arturo y Alicia, encuentran, a su espera, al viejo don Rafael (su misión recuerda la del Arcángel, encargado por Dios de conducir a Tobías al país de los medos), que les sirve de guía hasta la hacienda *La Maporita*, donde, al oír el llamado de la selva, se rinden al destino nefasto. Abandonado por la amante, la primera a sentir la tentación de lo desconocido, Cova se deja arrastrar por el *fatum* irrevocable. Con algunos amigos se pone a camino. Repiten todos en su obstinación a los soldados de la Conquista, «sin otro delito que el de ser rebeldes, sin otra mengua que la de ser infortunados» (19). En un barco que imita, en el color y en la forma, lúgubre ataúd, siguen, agua abajo, «un camino oscuro», «mudo como el presagio» y que daba la impresión «que se moviera hacia el vórtice de la nada». No será difícil adivinar en ese río «sin ondulaciones, sin espumas», tétrico y lento, el Leteo sombrío. Para atrás, los recuerdos, los contornos nítidos, la luz. El mismo autor nos presenta, a través de su personaje, la progresiva pérdida de la memoria, al disiparse, en el crepúsculo, «los perfiles del bosque estático, la línea del agua inmóvil, las siluetas de los remeros...» (20).

Instalada en el enredo, la vorágine toma residencia en la vida de Arturo y en la de cuantos viven a su lado. Lo excita el deseo de venganza. Y logra transmitirlo a sus compañeros. Barrera, el seductor de Alicia, a quien busca en desespero, aparece, verdaderamente, como barrera, obstáculo a destruir: «¡Yo era la muerte y estaba en marcha!», exclama en ímpetu de odio.

La selva, vigilante, vela. Atalaya despierta, siempre, no pierde ninguno de sus movimientos. Asiste, impasible, fría, a la inevitable y fatal ruina de Cova. Consciente de su desgracia, con el grave presagio de su trágico destino, no le resta sino resignarse. Tienta, sin embargo, no exponer sus amigos a la misma suerte: «Amigos míos, advierte, faltaría a mi conciencia y a mi lealtad si no declarara en este momento, como anoche, que sois libres de seguir vuestra propia estrella, sin que mi suerte os detenga el paso. Más que en mi vida, pensad en la vuestra. Dejadme solo, que mi destino desarrollará su trayectoria. Aún es tiempo de regresar donde queráis. El que siga mi ruta, va con la muerte» (21).

(19) *Id.*, *ibidem*, p. 97.

(20) *Id.*, *ibidem*, p. 98.

(21) *Id.*, *ibidem*, p. 130

Heli Mesa (tanto el nombre como el apellido, de origen hebraico, se prestan a la identificación del personaje: Heli, «el altísimo»; Mesa, «salvación»), buen amigo, responde «por todos»: «Los cuatro formaremos un solo hombre. No hemos nacido para reliquias. ¡A lo hecho, pecho!» (22).

Un abrazo largo, coercitivo, los une. Los une la selva. Definitivamente. En su turbión voraz consume cuantos se acercan de los cuatro. El primero, Clemente Silva, rumbero de profesión, trae al grupo su experiencia de cauchero. Cova, «amigo de los débiles y de los tristes», ve en él su Virgilio, el segundo, apto a suceder a don Rafael, el guía que los condujo a *La Maporita*.

Las piernas cubiertas de úlceras, llenas de gusanos, el miserable cauchero narra su vida: dieciséis años de destierro de la civilización. Víctima de la selva y de sus explotadores, Silva lleva en las espaldas el estigma de su condición: en su piel martirizada se escribe, como sobre la corteza del árbol del caucho, la historia de la Amazonia, historia ingrata, de profundas y feas cicatrices. La desconocen, sin embargo, o tratan de desconocerla, los ricos y poderosos *seringalistas*, propietarios y patrones. Y para encubrir su violencia, llegan a invocar el «mal del árbol» como diagnóstico de las marcas denunciadoras de los latigazos y demás castigos impuestos a los caucheros.

El estigma del martirio, pena infamante grabada en la carne, no es el único privilegio de Clemente Silva. El viejo cauchero posee riqueza inestimable, «un tesoro que vale un mundo»: «un cajoncito lleno de huesos», los huesos de su hijo, Luciano (su luz), víctima, también él, de la selva despótica. La pungente relación de su viaje a la procura de Lucianito alcanza su culminación en el grito doloroso —«¡Yo he sido cauchero! ¡Yo soy cauchero!»—, una de las páginas de mayor intensidad dramática de la literatura de los ofendidos.

A todas las frustraciones del vivir cotidiano, a la humillación moral y a todos los padecimientos físicos se añade, para tormento del cauchero, la conciencia amarga de haber sido «el héroe de lo mediocre». Al fin y al cabo su existencia se le figura como una pasión inútil. Obediente a las urgencias del instinto, ajeno a la dignidad de que disfrutaban los hombres libres, la cárcel de la selva es su morada. Y el cauchero roba, miente y mata para enriquecer al patrón, su verdugo. El y el árbol, sumisos, se inmolan en combate, hasta la muerte. ¿Héroe? ¿Mártir? ¿Apóstol? ¿Suicida? La verdad es que el cauchero vive y muere al abrigo de la mezquindad, suspirando, siempre, por batallas, cataclismos, hecatombes... Transfiere a la naturaleza, a los elementos en furia, a las fuerzas cósmicas, la venganza que a él le

---

(22) *Id., ibídem*, p. 130

cabría tomar contra el poder opresor. Envenenado por el resentimiento, espera que la justicia se haga por sí misma, por obra y gracia de una divinidad indefinida, o que su mano, habituada a sacrificar los árboles sin defensa, se vuelva un día contra los hombres en gesto exacto de punición. Sólo le resta, por tanto, pobre alma de deseos que es, expresar, como desahogo, su más grande aspiración: «¡Si Satán dirigiera esta rebelión...!» (23).

A cuantos imaginan como cornucopia milagrosa a la floresta tropical, pródiga y lujurante de bellezas y dones, José Eustasio Rivera ofrece su visión trágica, impiadosa, cruel: árboles frondosos, prisioneros de trepadoras y parásitas que en curvas elásticas guardan en su red frutos, flores, insectos, reptiles, humedad y visco como verdadera alforja de podredumbre. El matapalo, asido a los troncos vigorosos, los retuerce, los ahoga para, finalmente, destruirlos. Las terribles tambochas, hormigas voraces, todo lo devoran a su paso: plantas, animales, hombres. Como en temblor continuo, agitan el suelo: por debajo de troncos y raíces avanzan en tumulto. Los árboles se cubren «de una mancha negra, como cáscara movediza [que asciende] implacablemente a afligir a las ramas, a saquear los nidos, a colarse en los agujeros. Alguna comadreja desorbitada, algún lagarto moroso, alguna rata recién parida [son] ansiadas presas de [ese] ejército, que las [descarna], entre chillidos, con una presteza de ácidos disolventes» (24).

El hálito de la muerte, el marasmo de la creación, el polen que vuela, el germen que brota, todo se confunde en la duración efímera de la vida orgánica que rige la selva. Si algún poeta sueña todavía «con mariposas que parecen flores traslúcidas», con «pájaros mágicos» y «arroyo cantor», bien pronto lo despertará la realidad cruel: «¡Nada de ruiseñores enamorados, nada de jardín versallesco, nada de panoramas sentimentales! Aquí, los responsos de sapos hidrónicos, las malezas de cerros misántropos, los rebalses de caños podridos. Aquí, la parásita afrodisíaca que llena el suelo de abejas muertas; la diversidad de flores inmundas que se contraen con sexuales palpitaciones y su olor pegajoso emborracha como droga; la liana maligna cuya pelusa enceguece los animales; la pringamosa que inflama la piel, la pepa del curujú que parece irisado globo y sólo contiene ceniza cáustica, la uva purgante, el carozo amargo.»

«Aquí, de noche, voces desconocidas, luces fantasmagóricas, silencios fúnebres. Es la muerte, que pasa dando la vida. Oyese el golpe de la fruta, que al abatirse hace la promesa de su semilla; [...]» (25).

(23) *Id.*, *ibidem*, pp. 169-171.

(24) *Id.*, *ibidem*, p. 189.

(25) *Id.*, *ibidem*, p. 176.